

**Santiago Peña y Lillo**

## **La Metodología en las asignaturas de Historia y Geografía**

Hablar de la metodología de una asignatura, está muy lejos de significar el ofrecer recetas pedagógicas, aconsejadas por la experiencia.

La metodología es el procedimiento de enseñanza, está ligado a la evolución de la ciencia misma que se enseña y de sus más inmediatos auxiliares.

Procedimiento o método es el camino que conduce a la verdad. A través de este camino se va forjando el alma del alumno. Sin método, puede que se asimilen conocimientos, pero dispersos, mortificantes y fugaces. Sin método jamás se adquirirán hábitos, ni se conseguirán tendencias, ni se descubrirán vocaciones. Sin embargo existe un estado de ánimo colectivo, que parece paradójal: en pleno Instituto Pedagógico, se mira con escepticismo la Pedagogía y, a pesar de que en los planes de estudio de este establecimiento figura este ramo y otros que con él se relacionan, servidos por distinguidos profesores, es un hecho que el alumno no se interesa por profundizar los problemas que digan relación con el conocimiento del niño, con la técnica de la enseñanza, con los planes y programas de enseñanza.

Ni en las memorias de prueba, ni en las reuniones académicas, ni simplemente en las conversaciones y comentarios, se abordan, con la frecuencia que fuera de desear,

problemas propiamente de didáctica, apesar de que fatalmente han de verse frente a ellos los egresados.

Indudablemente que si damos un vistazo a otras facultades universitarias, veremos que una porción considerable de la actitud estudiantil se gasta en la práctica de seminario, laboratorio, taller u hospital, culminando este trabajo en la Escuela de Medicina, porque el ejercicio de esta profesión compromete la salud y la vida de las personas.

¿Se ha considerado acaso que es menor la influencia y por consiguiente las responsabilidades del maestro sobre la formación del niño?

Indudablemente que la primera condición que un buen profesor debe poseer, es el conocimiento del ramo que va a enseñar. Adquiriendo entre los alumnos la fama del saber y de la cultura, en el sentido de afán de superarse, se obtiene casi siempre el respeto y en seguida la disciplina en una clase.

Pero, no deja de ser frecuente el caso del profesor erudito que agobia al alumno al querer transmitirle sus conocimientos y el desconocimiento de la psicología del adolescente le crea un abismo que le hace incomprensible; decayendo la atención, se hace estéril su enseñanza.

La explicación de fenómeno de desconfianza que se ha producido

alrededor de la Pedagogía es bien sencillo. Esta disciplina ha venido a incorporarse como ciencia sólo en los últimos años. Todavía, en la mayor parte de los países del mundo, se dedican al profesorado personas de buena voluntad que han seguido los estudios de una carrera liberal y han mostrado cierta vocación por la enseñanza. Mucha gente sostiene que para ser buen profesor lo que precisa es poseer ciertos dotes naturales, parecidos a los del artista, los que permitirían ir resolviendo las dificultades por medio de una adaptación intuitiva.

Sin desconocer que para el ejercicio de nuestra profesión se necesita de esas condiciones personales, por ejemplo, viveza de carácter, potencia mínima de voz, flexibilidad de inteligencia, ellas pueden suplirse ante el conocimiento de la didáctica del ramo.

Es evidente que a ningún profesional le pueden faltar todas las condiciones que le harán apto. Pero, bastará destacar aquella que le es más característica para considerársela con vocación.

Lo que debe sostenerse es que la Pedagogía va más allá de la habilidad y constituye o va constituyendo, una ciencia que, como tal puede adquirirla quien tenga la capacidad y el interés de comprenderla.

Las ciencias tienen sobre las artes, la ventaja de ser universales y han llegado a establecer sus verdades mediante la experiencia y el razonamiento. Poseen en su estructura una materia y un procedimiento o método que les es propio.

En la historia del pensamiento humano es un hecho que se observa con frecuencia, como las artes, adquieren carácter científico y como los principios científicos se con-

densan en aplicaciones artísticas. La primera transformación es la que tiene más interés en la enseñanza.

En los planes de estudio medievales la gramática es transmitida como un arte y la música como una ciencia, relacionándola con las matemáticas. Hoy se enseña la gramática científica y el canto, por medio de la historia de la música, tiende a salir del puro campo de un ejercicio vocal o estético para ligarse a la evolución de la humanidad. Los trabajos manuales mismos no se justificarían en nuestros planes de estudio, si ellos fueran únicamente para adiestrar a los alumnos en la fabricación de objetos de uso práctico; su enseñanza se hace científica en cuanto forma el carácter y aun la misma inteligencia del niño, comprobado el paralelismo entre la agilidad manual y el desarrollo cerebral.

Ocurre con la Pedagogía lo que todavía en la Epoca del Renacimiento pasaba con la medicina: se sabía que un remedio podía curar ciertas enfermedades, pero no se había estudiado el órgano enfermo, no se había ido a la causa precisa de la dolencia, lo que pudo hacerse gracias a los progresos de la anatomía y la fisiología, subordinados a su vez a los de la química. Sólo así nació la medicina verdaderamente científica dejándose de llamar el arte de curar.

Podría a este respecto multiplicar los ejemplos. Vale la pena no dejar pasar algunos. La Geografía Física se incorporó a las ciencias con la formulación de las leyes de Humbolt y Ritter y un trabajo aparentemente tan sencillo como fueron las representaciones gráficas de distribución de temperaturas por medio de las líneas isothermas, generalizado hasta empleár-

sele en una serie de fenómenos, permitió reducir los datos suministrados por la experiencia, mejor dicho por la estadística, a elementos primordiales dentro de todo un proceso de estricta inducción científica. Llama la atención hacia el mecanismo anterior: estadística, isoterma, ley (factores del clima), porque, al tratarse de la pedagogía hay gente que sonríe cuando sabe que se realizan experiencias con los niños objetivándolas en forma de test para reducirlas a cuadros de consulta. Indudablemente que no hay que quedarse en estos preámbulos, pero ellos tienen que ser el punto de partida de cualquier obra de investigación.

La Economía Política se transformó en ciencia desde que Adám Smith organizó sus principios, apareciendo antes como obedeciendo a afortunadas intuiciones o a ayudas programas de gobierno. Muchos funestos errores provinieron de aceptar a priori postulados como el que identificaba la riqueza y el dinero.

La Sociología con Augusto Comte adoptó integralmente los pasos del método inductivo y, análogamente a la Geografía Física, aprovechando también los datos estadísticos, naturalmente que refiriéndose en este caso a los fenómenos de su incumbencia.

Si continuáramos detallando el desarrollo científico contemporáneo, podríamos señalar que no sólo se caracteriza por la firmeza con que han asegurado sus principios algunas disciplinas, sino porque las más sólidas han servido de apoyo a las que recién se incorporan.

Las investigaciones pedagógicas están adquiriendo un carácter científico. Algunos de ellos pueden con-

siderarse definitivos. Como en otros tiempos, en medio de la incredulidad o de la bondadosa sonrisa, se hacen en muchos países investigaciones que marchan lentamente. No se conoce otro procedimiento más objetivo que el de los test; pero, su ejecución exige una serie de condiciones para su control, por lo que solo puede aplicarse a reducida escala, lo que impide la generalización.

Pero, en apoyo de la Pedagogía ha venido la Psicología, especialmente del adolescente, la Lógica y hasta la Medicina. Este es el papel de lo que se llaman las ciencias auxiliares.

El primer punto a que he querido referirme es pues el de llamar la atención hacia los problemas pedagógicos. Sin descuidar el estudio de las respectivas asignaturas, conviene interesarse por ellos antes de que la realidad presente los primeros desencuentros.

Puede considerarse como una conquista alcanzada por las nuevas ideas pedagógicas el concepto que ya se ha difundido entre muchos profesores y que las autoridades educacionales han hecho suyo, de las finalidades de la educación secundaria. En efecto, al declararse que la enseñanza media está destinada al desarrollo moral, intelectual y físico del adolescente, deja de ser una etapa sólo para la Universidad o incluso para las actividades económicas de la nación. Pasa a tener un sentido específico y subordina su contenido y sus procedimientos a los caracteres y necesidades de un período de la vida del niño, que está siendo estudiado con interés creciente por los hombres de ciencia.

Las consecuencias que se desprenden de señalar en forma tan clara la finalidad de la educación secundaria son suficientes para justificar toda una política educacional. Al correr de la pluma quiero dejar estampadas derivaciones inmediatas: el niño no es un hombre en pequeño, a quien le interesen todos los problemas de los adultos. El contenido científico carece de valor si se adquiere elaborado. La disciplina debe ser una resultante del interés y del hábito, etc.

Había que empezar entonces por conocer cuáles son las características en el desarrollo del adolescente y cuál puede ser la técnica para que el adulto esté en condiciones de aprovechar al máximo sus aptitudes a través del ramo o asignatura que se le enseña.

No se trata pues, de una mera transmisión de conocimientos, ni de una imitación de actitudes; se trata de algo de mayor trascendencia y responsabilidad: la formación de la personalidad del adolescente. El contenido de esta expresión parece vago a quien critica superficialmente tales temas; sin embargo, un estudio elemental de psicología permite establecer que la personalidad está coronada en el campo intelectual por las ideas, en el campo afectivo por los sentimientos y en el mundo activo por la voluntad.

La tarea del profesor contemporáneo se va haciendo más complicada; pero esto tiene una compensación: el alumno, comprendiendo la influencia de su maestro, le rodea de mayor consideración. Las investigaciones, para ponerse al día en los adelantos científicos pueden hacerse de acuerdo con los mismos niños. En un primer plano va siendo necesario conocer los tem-

peramentos para formar los caracteres, los medios objetivos para aprovechar los tipos de memoria (auditivo, visual, muscular), para exigir diversidad de aprendizaje, capacidad asociativa y trabajo de organización.

Es necesario que se comprenda cómo la escuela secundaria ha debido ensanchar sus horizontes con miras a todos los intereses del alumno, que por sí mismo representa un pequeño mundo de instintos, tendencias, pasiones, imágenes y sobre todo ideas.

A esto obedece la multiplicación de los ramos en los planes de estudio y que tanta gente no se explica.

Dentro de la nueva concepción de la educación secundaria a cada profesor y a cada asignatura le corresponden su grado de responsabilidad.

Tratándose de un movimiento en plena evolución, los profesores toman sus posiciones y quieren para su ramo una situación destacada o predominante.

Hablando a jóvenes que aman los estudios de Historia y Geografía y que han elegido la carrera docente por creerla de su agrado, no parecerá excesivo el pedir que se comparta de un deseo: transformen la asignatura en el ramo central, por lo menos del grupo que corrientemente llamamos humanista.

Si al guiar a los alumnos en su práctica, logro producir este convencimiento, habré realizado una tarea que me llena de satisfacción.

Para hacer entrar a la Historia a la Geografía dentro del nuevo concepto de la educación hay que partir de una premisa. Ambas deben enseñarse como ciencias. Sólo así pueden servir todas las finalidades educativas.

Respecto a la geografía no cabe siquiera discutirlo. Apoyándose en este firme pedestal es relativamente fácil comenzar la construcción.

Para adquirir la Geografía su carácter de ciencia necesitó probar sus verdades. En esta tarea empleó los principios de la lógica y al aplicarlos a los fenómenos que le son privativos, creó su método propio. Los principios de extensión y localización, se pueden usar perfectamente en la enseñanza y penetran fácilmente por la vía objetiva. De ahí que resulte más fácil para profesores y alumnos una clase de geografía. Se procede deductivamente, partiendo de definiciones o inductivamente, partiendo de la descripción de un paisaje determinado. La clase está salvada si se ha sabido evitar la monotonía y el alumno ha podido seguir con el pensamiento el proceso científico desde o hasta los principios. Si por añadidura ha podido construir un mapa, el conocimiento ha logrado penetrar con más seguridad ya que la vía sensible y aun el trabajo muscular son elementos que favorecen la formación de las ideas.

Es tan claro el valor científico y por consiguiente pedagógico de la geografía, que usándola convenientemente podría servir de estímulo a procesos psíquicos y procesos lógicos perfectamente nítidos, como será por ejemplo, dentro de una clase: ordenación de los tipos de memoria, capacidad para la generalización, calidad de la imaginación, etc.

La Geografía ha dado un paso más: ha creado un método llamado de las regiones naturales, cuya utilidad recién comienza a comprenderse. A base de la carta y tal vez acompañándose el alumno del dibujo, separa en un continente o en

un país porciones, dentro de las cuales existen diversos elementos de geografía física y humana; la tarea consiste en subordinarlos, jerarquizándolos hasta producir un efecto de armonía alrededor de la actividad humana.

Al llegar a la Historia se complica nuestra tarea. ¿Cómo hacerla servir para el desarrollo de la inteligencia? Reconocemos de antemano el valor de la narración histórica como fecunda inspiradora de la fantasía, pero queríamos que no fuera éste su único papel.

Cabría preguntarse primeramente lo que llamamos inteligencia del adolescente.

La inteligencia es una aptitud que se desarrolla nutriéndose de ideas. La idea, a su vez, es un verdadero fenómeno dinámico, que comienza con el conocimiento sensible, para terminar en la abstracción y generalización. Las ideas se profundizan, podemos decir, mediante su mayor o menor contenido, que nos permite llegar a una definición. Cuando podemos definir un objeto es que tenemos de él una conciencia más o menos clara; cuando lo clasificamos es que sabemos colocarlo en la categoría de los seres o, en otras palabras, conocemos su extensión. Es una característica de la adolescencia su avidez por las ideas generales y es nuestro deber enriquecer la mente de los jóvenes en conceptos precisos por su extensión y contenido. Esta tarea la puede satisfacer la historia, comenzándola en el primer ciclo de humanidades, para seguirla más a fondo en el segundo. Esta es la justificación de que en los programas recientemente aprobados se repitan algunas materias. El concepto histórico se enriquece primero alrededor de la biografía y de la anécdota, a veces de la leyenda y

más tarde al aparecer de nuevo adquiere un contenido más completo ligándolo a la evolución de las instituciones. Así, el primer concepto que se tenga sobre el absolutismo podía estar unido a Luis XV o Felipe II, mientras que el último deberá corresponder a al forma como este gobierno se estableció en una época o país determinados. El concepto que un niño de segundo año puede tener sobre la Reforma no puede ir más allá que el de un movimiento de separación dentro del cristianismo, dirigido por Lutero y que provoca guerras religiosas. Más tarde es posible agregarle elementos de doctrinas.

Podría llamarse a este trabajo el valor formal o lógico de nuestra asignatura; pero al lado de él y como su concomitante, tiene que marchar el aspecto psicológico, que dice relación con las modificaciones que han debido producirse en la conciencia del adolescente para que llegue a formarse ideas generales: a base del conocimiento sensible el profesor debe cuidar de escoger el material suficiente de ilustración; los alumnos, dado su espíritu coleccionador y acumulativo resuelven en gran parte este problema. En seguida, la evocación imaginativa puede hacerse en historia como en ningún otro ramo. El día que podamos emplear familiarmente el cinematógrafo, habremos llegado a una elaboración perfecta. Enriquecida la mente del alumno con una serie de conceptos, sigue la coordinación, hasta formar con ellos nuestros juicios y dando la razón en que éstos se apoyan los convertimos en razonamientos.

Es difícil que se pueda negar la posibilidad de formular en historia conceptos generales y más o

menos abstractos. Sin desconocer que el niño carece de aptitud para comprender con exactitud un concepto tan importante como es el del tiempo, base para la cronología, tiene que aceptarse que muchos otros llegan a la abstracción.

Tratándose de los juicios se sostiene que las apreciaciones sobre la conducta de los hombres son tan variadas como el número de personas que las formulan. Este sería un argumento para negarle su valor científico a todo juicio histórico. Bien meditado, se puede contestar: la conducta de los personajes puede explicarse o bien por la influencia del ambiente o mejor dicho el medio histórico en que actúan o por las leyes psicológicas individuales. Los desacuerdos que se producen al apreciar la conducta sólo nacen de la falta de antecedentes ilustrativos. En todo caso, el profesor puede sacar ventajas del estado de opinión para desarrollar aptitudes, descubrir vocaciones, crear un ambiente de respeto a los ajenos pareceres. Más grave aún es el problema que al profesor de historia se le presenta, pero más interesante y novedoso, cuando se trata de alcanzar al razonamiento, para llegar a la cúspide del proceso, que no puede ser otro que la formulación de principios generales.

Nadie puede negar el valor intelectual, la disciplina que crean algunas ciencias que, como la Filosofía y las Matemáticas, ya poseen un método tradicional en su enseñanza. ¿La historia, ha de conformarse con su carácter ilustrativo, de cultura única o de simple formuladora de juicios discutibles? ¿Puede justificarse su enseñanza junto a los alumnos con solo estos objetivos?

Hoy se puede sostener, sin te-

mor a exagerar que todos los procesos del método inductivo, tanto en sus propósitos de investigación, como a través de la didáctica, pueden aplicarse a la ciencia histórica. Pero éste es un trabajo de reciente creación y que, dado la índole de nuestro ramo, requiere un esfuerzo creador. La historia no puede marchar sola: no puede llegar a la formulación de leyes generales; las toma de la sociología o las toma de la geografía. Veamos un caso: con el nombre de principios de geografía política se ha podido llegar a ciertas conclusiones suficientemente observadas: el avance de las fronteras sigue la línea del menor esfuerzo, una nación desea siempre el dominio de un puerto en un mar libre, quien posee una parte de una hoya hidrográfica pretende dominar el resto. A base de estos principios inductivamente formulados, deducimos hechos históricos numerosos y al parecer heterogéneos (casi todos los imperialismos del siglo XIX).

Se trata pues de darle a los hechos históricos una cierta organización, buscándoles, si es posible, un origen común o general. aunque sea inmediato, porque ascender más arriba sería pasarnos al dominio de la Filosofía de la Historia.

No solamente debe preocuparse una asignatura en la enseñanza media de enriquecer la inteligencia al adolescente, es necesario que eduque también su voluntad y desarrolle sus sentimientos.

Toda educación del carácter, complejo definitivo en nuestra personalidad, debe partir de la acción. La perfección en este aspecto es el acto voluntario y desinteresado.

Hace robrar a los alumnos con cierta dirección, en forma más o menos constante, sin emplear me-

dios coercitivos, sino por el placer que proporciona la investigación, o el simple aprendizaje de la tarea, será el término del camino a proponerse.

A lo largo de esta obra nuestro ramo va presentando excelentes oportunidades. Basta que el maestro tenga la confianza de su misión y la conciencia clara de los medios de que dispone en cada hora de clase y la vida, con sus infinitas variantes, le presentará las ocasiones de formar los caracteres. La ayuda desinteresada, la disciplina sin castigo, la prolongación del interés son los frutos del empleo de una técnica que no sólo dice relación a la inteligencia sino al querer y a la voluntad.

Capítulo aparte y muy destacado, deberá merecer en esta charla la educación de los efectos y por los afectos. No necesito recordar que nuestros pensamientos y nuestras acciones se agigantan ante la proximidad del sentimiento y de la emoción.

Hay criaturas que tienen la dicha de provocar, con su sola presencia, un estado de simpatía a su alrededor. Ellas poseen con ese don, el resorte mágico con que moldearán a sus alumnos.

Dentro de una esfera más modesta, el profesor de historia puede valerse de la narración animada, del material que impresiona los sentidos, hasta de la lectura de un trozo de valor literario, para provocar y dirigir los más finos aspectos de la sensibilidad. (Inclinaciones, tendencias, conciencia clara, sentimientos).

Es preciso negar, pues, la pretendida inferioridad en que pudiera creerse que se encuentra la historia frente a otras ciencias, que han adquirido con anterioridad el carácter de tales. Si se discuten las

leyes de carácter general exclusivamente histórico, se pueden encontrar en sus ciencias auxiliares: la geografía y la sociología.

En resumen diría que hace falta actuar: 1.º Deteniéndose a considerar los sucesos históricos siempre en relación a sus causas. 2.º Mirando con simpatías las explicaciones más generales de los fenómenos, o teorías históricas que pueden representar para nosotros verdaderas organizaciones de la materia. 3.º Dominando nuestros propios procesos del pensamiento, pues así estaremos en mejores condiciones de transmitirlos a los adolescentes.

Hace falta todavía investigar: 1.º Sobre la capacidad del niño chileno. 2.º Sobre la calidad de planos, programas y textos de enseñanza.

Toda hora de clase es un laboratorio, donde pueden observarse las experiencias más variadas. Lo que se necesita es observar mucho y cuando se llegue a un fenómeno simple, captarlo y no pensar que podemos hacernos profesores de la noche a la mañana.

Por mi parte ofrezco a la juventud que se renueva todo lo que puedo darle, mi entusiasmo y mi optimismo.

Santiago, Octubre 18 de 1935.